

Jeremías 9

Un pueblo necesitado

Dayton Keesee

En el capítulo 9 se tocan algunos temas difíciles. El tema central es el castigo del pueblo de Judá (que también afectaba a Jeremías).¹ Un segundo tema es el poder y la justicia de Dios y la necesidad de conocer a Este.² Un tercer tema surge de las repetidas referencias a los caminos inicuos del hombre, que exigen el castigo de Dios.³ Un cuarto tema es la muerte, o la endecha.⁴ No sorprende que se hagan descripciones de llantos y lamentaciones.⁵

El capítulo inicia con una figura retórica que evoca un derramamiento de lágrimas: «¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas, para que lllore día y noche los muertos de la hija de mi pueblo!» (vers.º 1).⁶

Aunque Jeremías lloraba día y noche, no era este llanto el resultado de debilidad emocional. La causa expresada era doble, y justificaba plenamente las lágrimas. En primer lugar, estas lágrimas se

¹ Este tema aparece en catorce versículos: 1–2, 7, 9–12, 15–16, 19, 21–22, 25–26.

² Este se aprecia en doce versículos: 3, 6, 7, 9, 13, 15–16, 20, 23–26.

³ Este se aprecia en diez versículos: 2–6, 8, 13, 14, 25, 26.

⁴ Este se encuentra en siete versículos: 1, 10–11, 16, 20–22.

⁵ Este se encuentra en seis versículos: 1, 10, 17–20.

⁶ «En el texto hebreo [el versículo 1] era el último del capítulo 8. Por supuesto que está estrechamente ligado con el tema que precede; sin embargo, por otro lado, está más estrechamente relacionado con lo que sigue. En el sentido estricto de la palabra, no debería haber interrupción del todo, y el discurso debería fluir continuamente» (Charles J. Ellicott, *Ellicott's Commentary on the Whole Bible* (Comentario Ellicott de toda la Biblia), vol. 5 [Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1959], 38).

derramaban por «los muertos de la hija de [su] pueblo». Muchos viven toda una vida sin mirar alguna vez el cuerpo de alguien que acaba de morir. Nunca se me olvida cuando fui testigo de un camión accidentado que había sido cargado de nigerianos. La corriente de sangre se extendía hasta doce metros del vehículo. Conté por lo menos siete muertos. Muchos estaban heridos, y el cuerpo de un hombre estaba prácticamente partido en pedazos. Una multitud de nigerianos lloraba descontroladamente y arrojaban tierra al aire en medio de lúgubres expresiones de intenso dolor.

De un modo parecido, cuando Jeremías miraba los muertos, él sabía que para estas almas la siega había pasado. El verano había terminado, y no habían sido salvos (8.20). La muerte de los santos es estimada a los ojos de Jehová (Salmos 116.15); pero para un santo como Jeremías, ¡era sobrecogedor y triste presenciar la muerte de esta gente que no estaba preparada! Además, esta gente no había muerto de muerte natural; habían sido «muertos». ⁷ Ponga juntos todos los factores espantosos que podrían causar trauma alrededor de la muerte, y entenderá usted la fuente de las lágrimas de Jeremías (vea Lamentaciones 2.11–22). ¡Se justificaba el llanto descontrolado!

⁷ Del hebreo *chalal* —«... traspasado, por consiguiente mortalmente herido, Job 24.12; Sal. 69.27; Jer. 51.52, y a menudo: herido en batalla, Dt. 21.1, 2, 3, 6 [...] en relación con el significado activo de uno que traspasa, esto es, un soldado» (Samuel Prideaux Tregelles, *Gesenius' Hebrew and Chaldee Lexicon* [Léxico hebreo y caldeo de Gesenius] [Plymouth, S. e., 1857; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967], 281).

ASUNTOS RELEVANTES. Tema: Consecuencias de la desobediencia. **Gema de verdad:** 9.23–24: Alábense en conocer al Señor, no en las riquezas.

CARNALES HASTA LA MÉDULA (9.2b–6)

Otro factor de esta miserable mezcla, explicaba por qué Jeremías anhelaba un albergue en el desierto, donde pudiera apartarse de los horrores que le rodeaban. Eche una mirada a la descripción que hace de los sobrevivientes en los versículos 2b al 6. Considere las multitudes de gente que abarcan las expresiones «todos ellos» y «cada uno».

«Todos ellos son adúlteros.»⁸ La gente de Judá constituían una congregación de prevaricadores. En la tierra predominaba la mentira, no la verdad. Procedían de mal en mal, ya que cada uno «[engañaba] con falacia»⁹ a su hermano.

Todo compañero andaba calumniando. Cada uno engañaba a su compañero y ninguno hablaba verdad. Rehusaban conocer al Señor.

¿Desearía usted asociarse diariamente con estos codiciosos mentirosos, calumniadores y engañadores? Para un justo sería una experiencia repugnante tener que predicar diariamente a un pueblo tan obsesionado con la inmundicia y la vergüenza. ¿Desearía usted predicarle y dedicar su tiempo a aquella congregación de Jerusalén? ¡Jeremías lo hizo muy fielmente, por unos cuarenta años!

Elmer Leslie dijo:

No son congregación del Señor sino una conglomeración de engañadores. Sus lenguas son como arcos doblados que lanzan hacia su blanco saetas previamente remojadas en veneno: un informe falso, una desleal calumnia. O bien, sus palabras desleales se comparan con la saeta que se disparó deslealmente contra un compañero, con la intención de matarlo (vers.º 8). La falsedad, no la fidelidad, es la ley de la tierra (vers.º 3). Ignorantes del Señor, como lo son, una mala obra le pisa velozmente los talones a la que va adelante (vers.º 3). Ya no existe lo que podría llamarse confianza entre vecinos, sino que con trampa y superchería cada uno se aprovecha del otro y cada vecino es un calumniador en potencia (vers.ºs 4–5). La falsedad ha llegado a ser la norma. El engaño y la mentira han llegado a ser costumbre. Pervirtieron el bien cambiándolo en mal, y no tienen el mínimo deseo de reformar su conducta (vers.º 5). Una obra de opresión sigue justo después de otra hecha anteriormente, y no se ha terminado de imponer un fraude sobre el

⁸ Ellicott observó que este pecado se relaciona tanto con el adulterio carnal como con el espiritual (5.8; 8.14; Ellicott, 39).

⁹ Del hebreo *'aqab* —«... provenir de atrás para atrapar el talón de alguien [...] Ós. 12.4 [...] Gn. 25.26 [...] especialmente derribar a alguien al suelo, hacer que alguien se equivoque. Por consiguiente [...] suplantar, burlar, defraudar, Gn. 27.36; Jer. 9.3 [...] retener, retrasar» (Tregelles, 649).

pueblo, cuando ya se está perpetrando otro (vers.º 5). En verdad es un negro panorama el que Jeremías presenta aquí.¹⁰

Estas personas literalmente se cansaron de «actuar perversamente»¹¹ (vers.º 5). En relación con esto, Adam Clark hizo una sagaz observación, cuando expresó: «¡Oh qué pesado trabajo es el pecado! ¡Y cuánto tiene que laborar un hombre para poder llegar al infierno!».¹² Muchos han sido embaucados con la idea de que seguir el pacto y los principios de Cristo, equivale a vivir una vida difícil (vea Mateo 11.28–30). ¡No es así! Con la verdad no hay que esforzarse tanto como con la mentira. El mal exige corrección y promete condenación, mientras que el bien recibe elogios. El mal hace que la conciencia moleste, pero el bien enriquece el carácter. «Un humilde niño puede decir la verdad; pero para ser experto en mentira es necesario que la lengua reciba instrucción».¹³

El fruto del mal proceder de Judá hace de 9.4 una de las más tristes ideas del libro: «en ningún hermano tenga confianza». ¡Qué terrible idea! Vivimos en un mundo en el cual el temor y la ansiedad van en aumento. ¿Es usted veraz? ¿Es de fiar su palabra? ¿Se puede confiar en usted?

Dignos de reprensión (9.7–11)

En los siguientes versículos, vemos la imagen de una refinera (vea 6.28–30; Isaías 48.10). James E. Smith dijo:

Dios está a punto de refinar a Su pueblo en los fuegos del juicio, y lo hará del mismo modo que la plata es refinada de escoria por medio de fundirla. Los probará para cerciorarse de que todas las impurezas han sido eliminadas. ¿De qué otro modo podía actuar Dios? No tiene alternativa. Dios no puede dejar a Su pueblo en su pecado, porque el propósito era que ellos fueran un pueblo santo. Por otro lado, por ser pueblo Suyo no puede destruirlos completamente. La única solución es purificarlos por medio de una tribulación que hasta ahora no habían experimentado (vers.º 7). Un pueblo así [...] constituye la escoria que debe

¹⁰ Elmer A. Leslie, *Jeremiah (Jeremías)* (Nashville: Abingdon Press, 1954), 81.

¹¹ Del hebreo *'avah* —«... doblar, hacer curvo, torcer, distorsionar [...] actuar perversamente, pecar [...] subvertir, derrocar [...] hacer torcido» (Tregelles, 611).

¹² Adam Clarke, *The Holy Bible With a Commentary and Critical Notes (La Santa Biblia con comentario y notas críticas)*, vol. 4, *Isaiah to Malachi (Isaías a Malaquías)* (New York: Abingdon-Cokesbury Press, s. f.), 279.

¹³ C. J. Ball, “The Prophecies of Jeremiah” (Las profecías de Jeremías), *The Expositor's Bible (La Biblia del expositor)*, ed. W. Robertson Nicoll (London: A. C. Armstrong and Son, 1903), 193.

eliminarse por el proceso del juicio (vers.º 8).¹⁴

Las preguntas que hace Dios en 5.29 y 8.9 afirmaban su deseo de evitar lo inevitable, pero Él estaba consciente de que lenguas calumniadoras y engañosas no se corregirían sin castigo. Pueblo y pastizales serían destruidos. Llanto y lamentación —la más profunda aflicción— eran las que se anticipaban al convertirse en desolación estéril una tierra que fluía leche y miel (vers.º 10). El pronombre de «levantaré» en el versículo 10 es el profeta, que expresa su dolor de cara a un inevitable futuro (vea Lamentaciones para comprobar la triste realidad de este momento proyectado). El pronombre de «reduciré» en el versículo 11 es Dios, que detalla el castigo anunciado, ¡revelando el saqueo y el despojo que dejarían a Judá en condiciones de ser habitada solamente por bestias salvajes!

CONFUNDIDOS POR EL PECADO (9.12–16)

Los falsos profetas habían engañado al pueblo. Varones sabios habían abogado por la causa de Judá, y los escribas habían ofrecido seguridad (5.12, 30–31; 6.13–14; 8.10–12). Sus mentiras habían llevado al pueblo a considerar que eran ridículos los anuncios de Dios y las profecías de Jeremías (9.12). Dios detuvo el engaño de ellos con una clara expresión de la causa de la destrucción que les esperaba. Judá había dejado la ley de Dios y ya había andado obstinadamente en pos de otros dioses (vers.ºs 13–16). La paciencia de Dios se evidencia por los siglos y generaciones de rebelión, durante los cuales esperó que Judá se arrepintiera.

El desarrollo a través del tiempo de esta tragedia puede percibirse por medio de las siguientes palabras:

Dios había puesto Su ley delante del pueblo en Sinaí. Expandió Su ley y la mantuvo delante del pueblo por medio de las prédicas de los profetas. A pesar de esto, el pueblo dejó la ley de Dios, rehusó obedecer Su enseñanza y no anduvo en Su camino (vers.º 13). En su obstinada rebelión anduvieron en pos de las deidades cananeas, los baales. Esta apostasía e idolatría era algo que habían aprendido de sus padres (vers.º 14). Donde los padres vayan, los hijos seguirán. ¡Qué impío legado dejaron los padres a sus descendientes! Las iniquidades de los padres a menudo son exageradas en las vidas de los hijos, y cuando la iniquidad llega a su colmo, el castigo es inevitable (cf. Éxodo 20.5). Ahora los hijos deben comer el ajeno y

¹⁴ James E. Smith, *Jeremiah and Lamentations (Jeremías y Lamentaciones)*, Bible Study Textbook Series (Joplin, Mo.: College Press, 1972), 253.

beber las aguas de hiel (vers.º 15).¹⁵

LOS QUE SUFRIRÍAN LAS CONSECUENCIAS (9.17–22)

La enormidad de la muerte y desolación de Judá exigía que se hiciera luto y que entraran «plañideras»¹⁶ en la escena.¹⁷ Es aparente algo de sátira en esto. En el versículo 19 la voz de endecha fue oída en Sion, pero note por qué se lamentaba el pueblo. No era por el pecado, ni por haberse roto su relación con Dios, sino por haber sido «destruidos». Se lamentaban porque «en gran manera [habían] sido avergonzados», y porque fuerzas enemigas habían «destruido» las moradas de ellos. Se estaban lamentando más que todo por lo material. ¡No se incluye comentario alguno sobre la muerte de personas, ni siquiera sobre la muerte de seres queridos! La vida había dejado de tener valor; sin embargo, sí lloraban por la pérdida de posesiones (2º Reyes 24.4; Jeremías 9.2–6, 8). ¿Está usted preocupado por las cosas más que por la verdad, por las posesiones más que por la vida?

Judá necesitaba centrarse en los verdaderos problemas. En el versículo 20, Dios no les dijo que dejaran de lamentarse. Había una causa para que se lamentaran, tal como Jeremías lo expresa tan vívidamente en 9.1. No obstante, estas personas necesitaban enseñar a sus hijas en qué radicaban los verdaderos problemas. El versículo 21 comienza con la palabra «porque», que indica la verdadera razón para el llanto: «Porque la muerte ha subido por nuestras ventanas, ha entrado en nuestros palacios, para exterminar a los niños de las calles, a los jóvenes de las plazas». La causa para el luto era el hedor de muerte que subía por las ventanas. Estaba tan extendido que ni siquiera los palacios de los prominentes se salvaban. Este hecho exigía atención inmediata y hallaba su paralelo en el llanto de Jeremías en el versículo 1 por «los muertos de la hija de [su] pueblo». En el versículo 21, Jeremías pasó por alto las moradas para recalcar la

¹⁵ *Ibíd.*, 255.

¹⁶ Del hebreo *nehi* —«... plañido, lamentación, canto fúnebre [...] juicio Mi. 2.4 [...] dícese de plañideras profesionales, expertas en cantos fúnebres; cf. Jer. 9.19» (Brown, Driver y Briggs, 624).

¹⁷ Aunque no era una costumbre internacional, sí era típica de Judá. «A los servicios fúnebres asistían y asisten profesionales del luto, especialmente mujeres, a quienes se les contrata con ese propósito. El hacer lamento se redujo a un arte, y los que lo practicaban eran ingeniosos. Eran como “los endechadores [que andan] alrededor por las calles” (Ec. 12.5), como “los que [saben] endechar” (Amós 5.16) [...] como “los que lloraban y lamentaban mucho” en la casa de Jairo (Marcos 5.38). En el caso de Judá, se llamaba a las plañideras a los servicios fúnebres, no de un amigo o vecino, sino de la nación» (Ellicott, vol. 5, 40).

triste situación de los niños y de los jóvenes. En el versículo 22 hizo centrar la atención en la verdadera tristeza: el hecho de que tantas personas habían muerto, y no había quien les diera sepultura.

¡La sociedad ha alcanzado su nivel más deprimente cuando en ella hay indiferencia para con la vida humana aun en la muerte! ¡Cuando una nación le da más importancia a las cosas, y usa a las personas, la justicia de la tierra ha dado marcha atrás! Este problema predominaba en la época de Jeremías, y aparentemente Jesús también lo vio en su época (Mateo 16.26). ¿Podría ocurrir esto en su hogar, o en su nación?

SE LES ACONSEJA CAMBIAR (9.23–26)

Dios hizo un digno esfuerzo por ayudar a los varones sabios de Judá a obtener verdadera sabiduría (9.12, 23–24). Dio una solemne advertencia para hacer que los hombres se apartaran de tres aspiraciones humanísticas que afirman ser las fuentes del éxito: ¡la sabiduría, la valentía y las riquezas humanas! Estas no necesariamente son malas; no obstante, cuando los hombres se jactan y se glorían en ellas, ¡no es al éxito, sino a la muerte espiritual, que lo llevan a uno! Esta fue la causa de la caída de los tres reyes del reino unido de Israel. (Vea la página 52.)

El versículo 24 pasa de enfocar la necesidad del hombre, a indicar cómo los sabios pueden obtener el favor de Dios. La clave para obtener tal favor no era nada complicada, pero sí era toda una prueba. Dios dijo que Sus promesas se despliegan cuando uno lo «entiende»¹⁸ y lo «conoce»¹⁹ a Él. Se usan aquí dos de las palabras más fuertes del hebreo para identificar la investigación, la perspicacia, la comprensión, el cuidado y el interés. Estas palabras no dejaban cabida alguna para corazones indiferentes o insensibles. En estas palabras estaba implícita una completa sinceridad en la indagación, una profunda preocupación de carácter y una total dedicación en la disposición. (Vea la tabla en la página 51.) El buscar fervorosamente y extender la mano a la misericordia, el juicio y la justicia de

¹⁸ Del hebreo *sakal* —«... mirar a, contemplar —prestar atención, volver la mente a [...] llegar a ser entendido, prudente [...] inteligente [...] también recto, piadoso, Sal. 14.2; Dn. 11.33, 35 [...] Jer. 3.15 [...] tener éxito (en llevar a cabo algo), actuar con prosperidad, Jos. 1.7–8 [...] enseñar, Sal. 32.8» (Tregelles, 789–90).

¹⁹ Del hebreo *yada'* —«... ver [...] percibir, adquirir conocimiento [...] estar familiarizado [...] del griego *Eido* [...] *oida* [...] observar con los ojos [...] estar consciente de [...] conocer por experiencia [...] volver la mente a, cuidar de [...] ser enseñado por experiencia [...] aprender» (Ibíd., 333–35).

Dios, no solamente le prodiga a uno el favor de Dios, sino que también le produce satisfacción, porque dice Él: «estas cosas quiero»²⁰ (vers.º 24). No hay padre terrenal que pueda amar y bendecir a sus hijos como Dios puede. Dios no solamente era capaz de hacer esto por Judá, sino que habría tenido el gozo de bendecir a Su pueblo con solo que este hubiera llegado a entenderlo y conocerlo a Él. Dios dejó caer una gema en forma de promesa en el pozo negro de impenitencia y castigo de ellos. Les trazó una ruta de redención por la cual Judá podía volver a tener el favor de Él. La llamada sabiduría de ellos (vers.º 12) necesitaba reemplazarse por el camino de la verdadera sabiduría (vers.ºs 23–24).

A Dios no le agradó la respuesta. Parecían estar diciendo: «¿Por qué nos dices esto? Nosotros somos Tu pueblo, el pueblo de los circuncidados del pacto con Abraham» (vea Génesis 17.1–13). Así, este capítulo termina con una declaración de la justicia de Dios al tratar con Judá o con cualquier otra nación, ¡sea de circuncisos o de incircuncisos!

La seguridad de Judá no se encontraba en el templo, el cual habían profanado con idolatría (7.4–11). Ellos no eran inmunes al castigo de Dios. Para darle énfasis a lo que decía, se refirió a la circuncisión, la señal del pacto que ellos habían quebrantado y dejado (vers.º 13, 25). En realidad, Judá no era mejor en su corazón que Egipto, Edom, Amón o Moab. A la luz de la misericordia, el juicio y la justicia de Dios, todos los pueblos eran «incircuncisos de corazón» (vers.º 26). Judá, al igual que aquellas otras naciones, adolecían de una manifiesta deficiencia. Theo. Laetsch describió el obvio problema que esta nación tenía:

Carece de aquella circuncisión, de la cual la circuncisión externa era símbolo, la circuncisión del corazón (Dt. 10.16; 30.6; Jer. 4.4; Ro. 2.25–29), y por lo tanto es tan poco inmune contra la ira de Dios como lo son las demás naciones. En nuestra época podemos aplicar esta lección a aquellos miembros bautizados de la iglesia que no viven de conformidad con la Palabra y la voluntad de Dios. No son mejores que las personas que no van a la iglesia (sean estas bautizadas o no), que no obedecen la voluntad de Dios. Todos están sujetos a la ira y el castigo de Dios.²¹

¿Es usted de los que han puesto su confianza en la sabiduría, la valentía y las riquezas del hombre, o es de los que cada día procuran entender y conocer la misericordia, el juicio y la justicia de Dios?

²⁰ Vea la definición de *chaphets* en el pie de página 12 del artículo «La condición de Judá y las consecuencias».

²¹ Theo. Laetsch, *Jeremiah (Jeremías)*, Bible Commentary (St. Louis. Concordia Publishing House, 1965), 119.